

tacto con la metrópoli literaria, Quizás el último amor de Lope de Vega fué aquella deliciosa poetisa peruana, que con Juana de Asbaje forma la pareja más considerable de las poetisas españolas hasta Rosalía de Castro: Amarilis, probablemente doña María de Alvarado, natural de Huánuco y autora de una epístola a Belardo (Lope), que vale por sí sola la inclusión del nombre de la autora en lo más florido del parnaso clásico español.

Alfred Dreyfus

□ «El 15 de octubre de 1894—dice la Historia de Francia Contemporánea, de Larousse—era arrestado en el Ministerio de la Guerra, un capitán de artillería inculpado de alta traición. Alfredo Dreyfus, nacido en Mulhouse el 9 de octubre de 1859, había conservado la nacionalidad francesa por haber optado su padre por ésta al desmembrarse la región después de la guerra franco-prusiana. Antiguo alumno de la Escuela Politécnica, capitán de artillería en 1889, salido de la Escuela de Guerra en 1892 con la calificación de «muy bien», estaba, desde 1893 incorporado al 14 de artillería y destacado como estagiario en el Estado Mayor General. . . . ».

He aquí una figura—que acaba de morir, con el grado de coronel, en un rincón olvidado de Francia—alrededor de la cual giró toda la opinión del mundo durante varios años y que conmovió con fuerza temible a la Tercera República, tanto como Panamá y Boulanger y más aún, por la lucha que trajo consigo.

La historia de Dreyfus es sobrado conocida para intentar narrarla parte por parte. Baste recordar cómo su detención obedió a una denuncia llegada al Ministerio de la Guerra, por la cual se atribuyó a Dreyfus un crimen que él negó, sin atreverse a decir cosas rotundas, y que le valió un destierro, varias condenas sucesivas, la degradación y la vergüenza. La figura de Zola, surgió después como acusadora de la trailla de magistrados y jueces, de periodistas y políticos que llevados por el odio

hicieron tal papel, que hoy nos avergonzamos de verlo tan cercano a nosotros y encajado en tan gran país como Francia. La carta de Zola al Presidente de la República (Félix Faure, entonces), publicada en «L'Aurore», conmovió a la opinión que estaba como adormecida y conforme con los veredictos. Aparecieron dos figuras dudosas: El teniente-coronel Henri, que se suicidó en prisión, y el noble (por sangre) comandante Esterhazy; una figura valiente y combatida sin piedad: la del teniente coronel Picquart.

De todo aquel proceso, repetido en años sucesivos, con idas y venidas del acusado desde la Guayana, con expulsión de la Legión de Honor y con la vuelta a condecorarlo, se deducen una serie de consecuencias bien tristes para los hombres. Y como no dejan de tener aplicación en los momentos actuales, bueno está recordar con un gesto de simpatía la figura del hombre tímido, adocenado, decente y cumplidor a quien los rencores y las manías políticas y sociales hicieron blanco de una serie de desgracias. La Gran Guerra fué el colmo de la rehabilitación Dreyfus. Otro, a lo mejor culpable, no se hubiera ido a batir por un país que le produjo el tronzamiento de su vida.

Bueno sería leer el proceso Dreyfus otra vez y darse cuenta de a dónde pueden llevar las estupideces humanas elevadas a la enésima potencia por una máscara de prejuicios patrióticos, raciales, políticos o religiosos.

El diario de Middleton Murry

□ Todo libro de confesiones produce escándalo. Tanto más cuanto más importante es el que confiesa y muchísimo más si el que confiesa da la impresión de hacerlo sinceramente. Ahora, la sensación de los círculos intelectuales ingleses, primero y de toda Europa después, es la publicación del Diario del gran crítico británico Middleton Murry, viudo de aquella gran escritora, tan mujer y tan escritora al mismo tiempo (difícil cosa), que se llamó Catalina Mansfield.